

LA DISCUSION

DIARIO POLITICO, COMERCIAL Y LITERARIO.

Oficina y Redaccion, calle de Buenos Ayres No. 301.

Precio mensual, 2 patacones.

Condiciones de la Suscripcion.

La suscripcion de este Diario vale Dos Pesos Fuertes al mes.
Cada numero suelto Un Real Fuerte.
Toda correspondencia de interes general se publicará gratis.
No se admite ninguna Solicitud que envuelva personalidad o ataque la moral pública.

AVISOS.

Se reciben en la Imprenta del Diario, calle de Buenos Ayres No. 301, y en la Librería argentina de D. Gregorio Ibarra, calle de las Cámaras No. 92 hasta las cuatro de la tarde, Administracion General de Correos.

SALIDAS Y LLEGADAS.

Desde el 15 del presente Octubre, se correrán las Bajas para los Correos del Interior de la República, en los días siguientes.

Para Santa Lucia, San José, Dolores, Soriano, Mercedes, Fray Bentos, los días 2, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 5, 9, 13, 19, 23, y 29.

Para Santa Lucia, San José, Rosario, Colonia, Curupay, Nueva Palmira, Piedras, Canelones, Florida, Durazno, Porongos, Tacuarembó, y Minas los días 1, 11, 19, y 27, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Cerro Largo, Artigas, Pando, Maldonado, San Carlos y Rocha, los días 1, 9, 11, 13, 21, y 23, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Treinta y Tres, los días 1, 11, 19, y 27, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Se previene al público que las Bajas serán corridas precisamente a las 5 de la tarde en los días indicados desde el 15 de octubre hasta el 30 de marzo siguiente.

Después de estas horas las cartas, que se reciben en el buzón de la Administracion General, quedarán detenidas hasta el próximo correo. Montevideo, Octubre 12 de 1861.

Prudencio Echegaray.

MENSAGERIA ORIENTAL.

EN MONTEVIDEO, CALLE DEL URUGUAY No. 25.

Fechas de salidas y entradas a esta capital de los días siguientes, en las salidas de cada uno de los pueblos de partida.

Para Canelones.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Santa Lucia.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para San José.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Rosario.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Colonia.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Porongos.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Tacuarembó y Fray Bentos.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Maldonado.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para San Carlos y Rocha.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Treinta y Tres.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Cerro Largo.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Artigas.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Pando.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Maldonado.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para San Carlos y Rocha.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Treinta y Tres.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Cerro Largo.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Artigas.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Pando.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

Para Maldonado.

Consejal en SANTA LUCIA, saliendo de esta capital los días 1, 8, 12, 18, 22, y 28, y llegarán los días 3, 10, 17, y 26, y el día de Minas los días 1, 8, 16, y 24.

ESTERIOR.

Italia y Garibaldi.

Por Emilio Castellani.

(Conclusion.)

Hay en él, sin duda alguna, ese espíritu de desinterés, de abnegacion, de caridad que ha hecho todos los milagros que nos asombran en el mundo. Cuando la corrupcion ha llegado a penetrar hasta los huesos de la mayor parte de los hombres; cuando solo se mueven por una hora de poder todos los republicanos de Europa; cuando se cometen tantos crímenes y se vierte tanta sangre en aras de la ambicion, del orgullo, cuando los gobiernos pequeños, miserables, corruptores, poniendo precio a todos las conciencias, no encuentran conciencia que no se venda; cuando la imbecilidad en un punto, el vicio en otro, el perjurio y la traición ocupan el lugar que debiera estar reservado al jénio y a la virtud, en este oleaje amarguísimo de hajas pasiones que todo lo mancha, entre este ejército de pretendientes que abren las manos para cojer empleos, condecoraciones, títulos; ver un hombre desinteresado que solo tiene la vida para sus semejantes, que solo cree espada para los pueblos, que levanta del polvo una corona y la arroja de sí como si le quemara las manos su contacto, que después de haber sido dueño de la suerte de un pueblo conquistado a la libertad, se retira sin un título mas que su nombre, sin una moneda mas en su peculio, sin una condecoracion mas en su pecho, sin un palmo de tierra mas en sus pequeñas propiedades, satisfecho con su conciencia pagada con el placer de dar la vida del alma a ocho millones de esclavos; ver un hombre tan grande, tan superior a las bajas ambiciones del mundo, es un consuelo que enjuga nuestras lágrimas de vergüenza y nos promete días de gloria, días de salud para la sociedad, capaz aun de engendrar tantas virtudes.

Mirad un instante su vida, que es la leyenda de nuestro siglo. No parece vida real, histórica, sino hechura de un poeta que ha torcido su imaginacion para crear maravillas. Nace en Niza en 1807. La Italia es un calabozo, en ella no pueden respirar los libres. Garibaldi huye de su nacion; pero jurando no descansar un punto hasta libertad de sus tiranos. El mar fué de leonones como su patria. Allí, en la contemplacion de lo infinito creció su alma, en la lucha con las olas su valor, y en el dominio sobre los vientos la conciencia de su libertad. Su estrella lo llevó al Nuevo Mundo, a pituita religiosa, el espíritu político, esas furias alteradas de sangre, arañaron el brazo de un asesino. ¡Póntis!... No tienes pues ni corazón ni inteligencia!... No amas ni adivinas nada!... Quisiera tener dos piernas capaces de llevarme; quisiera que fuese de día, daría la mitad de mi vida por que esas palabras que te he dictado hubiesen llegado ya al oído de esa señorita.

—¡Y bien! entonces, señor Esperanza, interrumpió Póntis algo pálido, díteme vd. lo que sea necesario decir.

—Hilo aquí, señorita, habito en este convento un cenita con un hidalgo amigo mío; hemos notado que todos los días un hombre viene a observar lo que usted hace, y que su atencion se dirige particularmente hacia esa puerta de comunicación. (Se la designará.) Ese hombre es pequeño, tiene la espada algo corvada y hace su ronda a las nueve y media en punto. He pensado que estos datos podrian ser vd. de alguna utilidad.

Sírvase vd. tomarlos en buena parte y excusar, señorita, su muy respetuoso ser vicio. —Después de eso, harás la reverencia y te vendrás.

—¡Responso! murmuró Póntis... ¡respetuoso por la futura del señor Nicot... ¡prefiero dejarlos desearse su madeja de hilo!

—¡Respetuoso cien veces, mil veces; un millón de veces por la mujer que tu principe honra con su amistad! ¿No ves, desgraciado, cuán terribles catástrofes están suspendidas de la silencia? ¡Si el rey viene a este convento! ¡si te acecha! ¡si el jorobado, que te ha parecido un necio y a mí tambien, es un traidor; si, sin color de castigar a un rival, el es-

pirita religioso, el espíritu político, esas furias alteradas de sangre, arañaron el brazo de un asesino. ¡Póntis!... No tienes pues ni corazón ni inteligencia!... No amas ni adivinas nada!... Quisiera tener dos piernas capaces de llevarme; quisiera que fuese de día, daría la mitad de mi vida por que esas palabras que te he dictado hubiesen llegado ya al oído de esa señorita.

—¡Y bien! entonces, señor Esperanza, interrumpió Póntis algo pálido, díteme vd. lo que sea necesario decir.

—Hilo aquí, señorita, habito en este convento un cenita con un hidalgo amigo mío; hemos notado que todos los días un hombre viene a observar lo que usted hace, y que su atencion se dirige particularmente hacia esa puerta de comunicación. (Se la designará.) Ese hombre es pequeño, tiene la espada algo corvada y hace su ronda a las nueve y media en punto. He pensado que estos datos podrian ser vd. de alguna utilidad.

Sírvase vd. tomarlos en buena parte y excusar, señorita, su muy respetuoso ser vicio. —Después de eso, harás la reverencia y te vendrás.

—¡Responso! murmuró Póntis... ¡respetuoso por la futura del señor Nicot... ¡prefiero dejarlos desearse su madeja de hilo!

—¡Respetuoso cien veces, mil veces; un millón de veces por la mujer que tu principe honra con su amistad! ¿No ves, desgraciado, cuán terribles catástrofes están suspendidas de la silencia? ¡Si el rey viene a este convento! ¡si te acecha! ¡si el jorobado, que te ha parecido un necio y a mí tambien, es un traidor; si, sin color de castigar a un rival, el es-

pirita religioso, el espíritu político, esas furias alteradas de sangre, arañaron el brazo de un asesino. ¡Póntis!... No tienes pues ni corazón ni inteligencia!... No amas ni adivinas nada!... Quisiera tener dos piernas capaces de llevarme; quisiera que fuese de día, daría la mitad de mi vida por que esas palabras que te he dictado hubiesen llegado ya al oído de esa señorita.

—¡Y bien! entonces, señor Esperanza, interrumpió Póntis algo pálido, díteme vd. lo que sea necesario decir.

—Hilo aquí, señorita, habito en este convento un cenita con un hidalgo amigo mío; hemos notado que todos los días un hombre viene a observar lo que usted hace, y que su atencion se dirige particularmente hacia esa puerta de comunicación. (Se la designará.) Ese hombre es pequeño, tiene la espada algo corvada y hace su ronda a las nueve y media en punto. He pensado que estos datos podrian ser vd. de alguna utilidad.

Sírvase vd. tomarlos en buena parte y excusar, señorita, su muy respetuoso ser vicio. —Después de eso, harás la reverencia y te vendrás.

—¡Responso! murmuró Póntis... ¡respetuoso por la futura del señor Nicot... ¡prefiero dejarlos desearse su madeja de hilo!

—¡Respetuoso cien veces, mil veces; un millón de veces por la mujer que tu principe honra con su amistad! ¿No ves, desgraciado, cuán terribles catástrofes están suspendidas de la silencia? ¡Si el rey viene a este convento! ¡si te acecha! ¡si el jorobado, que te ha parecido un necio y a mí tambien, es un traidor; si, sin color de castigar a un rival, el es-

pirita religioso, el espíritu político, esas furias alteradas de sangre, arañaron el brazo de un asesino. ¡Póntis!... No tienes pues ni corazón ni inteligencia!... No amas ni adivinas nada!... Quisiera tener dos piernas capaces de llevarme; quisiera que fuese de día, daría la mitad de mi vida por que esas palabras que te he dictado hubiesen llegado ya al oído de esa señorita.

—¡Y bien! entonces, señor Esperanza, interrumpió Póntis algo pálido, díteme vd. lo que sea necesario decir.

—Hilo aquí, señorita, habito en este convento un cenita con un hidalgo amigo mío; hemos notado que todos los días un hombre viene a observar lo que usted hace, y que su atencion se dirige particularmente hacia esa puerta de comunicación. (Se la designará.) Ese hombre es pequeño, tiene la espada algo corvada y hace su ronda a las nueve y media en punto. He pensado que estos datos podrian ser vd. de alguna utilidad.

Sírvase vd. tomarlos en buena parte y excusar, señorita, su muy respetuoso ser vicio. —Después de eso, harás la reverencia y te vendrás.

—¡Responso! murmuró Póntis... ¡respetuoso por la futura del señor Nicot... ¡prefiero dejarlos desearse su madeja de hilo!

—¡Respetuoso cien veces, mil veces; un millón de veces por la mujer que tu principe honra con su amistad! ¿No ves, desgraciado, cuán terribles catástrofes están suspendidas de la silencia? ¡Si el rey viene a este convento! ¡si te acecha! ¡si el jorobado, que te ha parecido un necio y a mí tambien, es un traidor; si, sin color de castigar a un rival, el es-

pirita religioso, el espíritu político, esas furias alteradas de sangre, arañaron el brazo de un asesino. ¡Póntis!... No tienes pues ni corazón ni inteligencia!... No amas ni adivinas nada!... Quisiera tener dos piernas capaces de llevarme; quisiera que fuese de día, daría la mitad de mi vida por que esas palabras que te he dictado hubiesen llegado ya al oído de esa señorita.

—¡Y bien! entonces, señor Esperanza, interrumpió Póntis algo pálido, díteme vd. lo que sea necesario decir.

—Hilo aquí, señorita, habito en este convento un cenita con un hidalgo amigo mío; hemos notado que todos los días un hombre viene a observar lo que usted hace, y que su atencion se dirige particularmente hacia esa puerta de comunicación. (Se la designará.) Ese hombre es pequeño, tiene la espada algo corvada y hace su ronda a las nueve y media en punto. He pensado que estos datos podrian ser vd. de alguna utilidad.

Sírvase vd. tomarlos en buena parte y excusar, señorita, su muy respetuoso ser vicio. —Después de eso, harás la reverencia y te vendrás.

—¡Responso! murmuró Póntis... ¡respetuoso por la futura del señor Nicot... ¡prefiero dejarlos desearse su madeja de hilo!

—¡Respetuoso cien veces, mil veces; un millón de veces por la mujer que tu principe honra con su amistad! ¿No ves, desgraciado, cuán terribles catástrofes están suspendidas de la silencia? ¡Si el rey viene a este convento! ¡si te acecha! ¡si el jorobado, que te ha parecido un necio y a mí tambien, es un traidor; si, sin color de castigar a un rival, el es-

pirita religioso, el espíritu político, esas furias alteradas de sangre, arañaron el brazo de un asesino. ¡Póntis!... No tienes pues ni corazón ni inteligencia!... No amas ni adivinas nada!... Quisiera tener dos piernas capaces de llevarme; quisiera que fuese de día, daría la mitad de mi vida por que esas palabras que te he dictado hubiesen llegado ya al oído de esa señorita.

—¡Y bien! entonces, señor Esperanza, interrumpió Póntis algo pálido, díteme vd. lo que sea necesario decir.

región donde hay espacio, mucho espacio para las caballerescas empresas, para los típicos trabajos de este Roldán de los pueblos.

En la pampa inmensa, en los bosques inexplorados, entre aquella naturaleza que parece llevar en su grandeza las huellas de la mano creadora, seguidos de sus camaradas, mártires como él de la libertad, que no tienen patria, se embosca en las selvas, se pierde en los desiertos, se lanza a los mares, atraviesa los ríos a nado, buella la cima de los volcanes y las regiones de las nieves eternas, ya habita con el tigre, ya con el condor; y cuando parece perdido vuelve a las puertas de la ciudad que le ha confiado su defensa, cargado con los depósitos de sus enemigos con los trofeos de su victoria.

Con quinientos hombres ha vencido un ejército; desde una lucha ha humillado una escuadra; como si él solo fuera una nación que ha capitulado con las naciones. ¿Dónde había un tirano? Allí tenía Garibaldi un enemigo. Digalo Roldán. ¿Dónde había un pueblo que peleara por la libertad? Allí tenía Garibaldi un lugar. Digalo Montevideo, la Troya del Plata. Su corazón no ha temido mas que un deseo, como su génio no ha temido mas que una estrella; la libertad de los pueblos.

Y viene el año genésico de 1848, y la Italia se levanta al grito de libertad. Una esperanza hace estremecer de gozo a todos los italianos. Los proscripios vuelven a besar el polvo sagrado que contiene las cenizas de sus mayores. Garibaldi lo sabe, y abandona la América. Misiónero ávido de la libertad, pone en un barco familia, amigos, y se lanza a los mares, fido en Dios, y en la causa que defiende. ¿Que emoción podría compararse con la suya al descubrir entre los colages del Mediterráneo la amada Italia!

Ignora tal vez que ha sucedido durante su larga y penosa travesía; pero desarmada su espada y pregunta quien pelea por Italia. ¿Es Pio IX? Su espada está a las plantas de Pio IX. El Pontífice la redreza. Garibaldi corre a buscar a Carlos Alberto. Este rey le rechaza tambien. No importa, Garibaldi no ha menester ni del rey ni del Papa. El encontrará armas donde quiera que encuentre enemigos, porque se las arrancará de las manos. El encontrará ejército donde quiera que haya hombres libres, porque les habrá el lenguaje de la libertad. El encontrará recursos donde quiera que haya miles italianos que añoran la redención de sus hijos; porque compartirán con él su amargo pan. Y pelea

ramaban la nieve odorífica de sus pétalos denasido maduros.

Esperanza tenía la tan repetada, tan unida, un color encarnado verificaba tan felizmente su poética fisonomía, que Póntis exclamó al verla:

—¿Cuál de los dos ha estado herido amigo?

—Tengo hambre, dijo Esperanza, tengo sed, deseo pasearme; cantaría de buena gana con las ulofras. Mi alma está ligera y nada en eschermoso cielo azul.

Póntis abrió la puerta por la cual dos religiosos trajeron la mesa guarnecida con el desayuno de enfermo que permitían a Esperanza.

Este desvoro, con el sentimiento de no hacer mas por su estómago irritado cuando el hermano hablador entró, miró silenciosamente al herido, y sacando de la manga un frasco bastante largo y bastante redondo para encantar el ojo de un conveciente, hizo señas a uno de los religiosos que servían para que le dieran un vaso.

Este era de un cristal delgado y grabado. Ebelto, ensanchándose como una campanula; descansaba sobre un pie torcido en espiral delicada. Ya el sol doraba sus facetas y encendía en él sus fuegos prismáticos, cuando el hermano hablador echó lentamente en el cristal

un vino amarillento, afelpado, que cambió el ópalo en rubí y abrazó con sus rizos los labios de Esperanza, a quien presentaron el vaso.

Los ojos de Póntis brillaron como caruncas, pero el hermano hablador tapó otra vez cuidadosamente el frasco, lo metió en la manga, salió después de haber admirado el efecto de su viejo vino de Borgoña sobre las mejillas del conveciente.

—Y si es tan raro como las palabras del hermano hablador, añadió Póntis, no tengo la fortuna de gustarlo jamas. Que singular idea han tenido en el convento de llamar hablador a un hombre que nunca abre la boca!

Los religiosos levantaron la mesa, y nuestros dos amigos se quedaron solos.

—¡Y bien! exclamó Esperanza al momento, ¿que piensas de eso?

—Pienso que debe ser Pomard, dijo Póntis.

solo con los austriacos que le temen como si fuera el génio de la Italia hecho hombre y pronto a tomar venganza de una esclavitud de quince siglos.

Mas en esto, la libertad, tantas veces ahogada, se levanta sobre las ruinas de Roma. Garibaldi corre a su defensa. Los romanos, al verlo, creen que han resucitado sus antiguos héroes. En las Asambleas es un Camilo, en la plaza pública un Graco, en el campo de batalla un Mario. Tres naciones de las mas poderosas del mundo, fueron necesarias para arrojarle. Cayó entre las piedras sagradas de Roma; pero su sangre reverdecieron los antiguos laureles. Todavía la libertad italiana encontraba sus últimos recursos en las claras lagunas de Venecia. Garibaldi con los soldados que le quedaban fieles, se propone una retirada que ha asombrado al mundo, aun después de la retirada de los diez mil griegos. Entre ejércitos franceses y austriacos; pasando por poblaciones venecitas é inmoladas, por campos que el extranjero acaba de dejar yermos; yermos acosado de sus perseguidores; sin recursos, sin un pedazo de pan que llevarse a la boca; sabiendo que la fuga es imposible, y que caer en manos de sus enemigos equivale a la muerte, llega incólume a recojer desde lejos en su pueblo, el postrer suspiro de la libertad de Venecia.

El viento contrario, y la adversa suerte de arrojan de aquellas playas, y después de haber despedido a los trescientos que le seguían, anduvo oculto por montes y por valles, burlando la vigilancia austriaca. En esta retirada perdió aquella mujer heroica que se le uniera en el Nuevo Mundo, que tuvo por legar una barca perdida en el Océano; y por fiestas nupciales las batallas; ya abandonada por la varia suerte de las armas en el desierto; ya encerrada en oscurisimos calabozos; mujer heroica, que vivió a la altura del héroe, entre el fuego de la guerra, siguiéndole siempre, contemplándole siempre, mientras la muerte se cernía sobre su frente, y aunque devorada por el dolor, riéndose a pelear, hasta que cayó a la debilidad de su sexo, y fué a morir, errante, sin patria, al mismo tiempo que moría la libertad en Italia.

Vencida su casa no parece sino que Garibaldi ha desaparecido del mundo. El hombre que había tenido tantas Repúblicas en sus manos, necesitaba para sustentarse a su familia, darse a la arriesgada vida del mar. Capturaba un buque mercante, y aparecía ya en la China, ya en el Perú, ya en Túnez, como si necesitara no descansar en un punto, para que no lo consumiera el fuego de su actividad. Pero en 1859 le sorprendió la noticia de un vino amarillento, afelpado, que cambió el ópalo en rubí y abrazó con sus rizos los labios de Esperanza, a quien presentaron el vaso.

Los ojos de Póntis brillaron como caruncas, pero el hermano hablador tapó otra vez cuidadosamente el frasco, lo metió en la manga, salió después de haber admirado el efecto de su viejo vino de Borgoña sobre las mejillas del conveciente.

—Y si es tan raro como las palabras del hermano hablador, añadió Póntis, no tengo la fortuna de gustarlo jamas. Que singular idea han tenido en el convento de llamar hablador a un hombre que nunca abre la boca!

Los religiosos levantaron la mesa, y nuestros dos amigos se quedaron solos.

—¡Y bien! exclamó Esperanza al momento, ¿que piensas de eso?

—Pienso que debe ser Pomard, dijo Póntis.

—Te hablo de la futura. ¿Que ha dicho?

—¡Ah! sí... Y bien, nada ha dicho. Llegué cabalmente en el momento en que se disputaba con su padre. Pareco que esa es su costumbre, de modo que solo he visto a una camarista.

—¿Linda?

—¡Ah! muy linda niña! respondió Póntis. Es de observar que muchísimas mujeres son lindas, es el cebo que el diablo nos presenta.

—Necesariamente. ¿Y esa camarista?

—Me ha ocurrido las primeras palabras que le dije. ¡Esas palabras están acor-

la guerra de Italia. Al punto abandona el mar, sus naves, su comercio, y ofrece a Italia su espada. En tanto que los generales proyectan y arreglan sus planes de batalla, él corre a buscar los austriacos, y cuando creen no tener ningun enemigo enfrente, Garibaldi ha vencido su retaguardia. Los pueblos del lago Como, lo saludan como el nuncio de la libertad de Lombardia; los ejércitos de los despoles lo temen, por que su presencia es para ellos una segura derrota. Ningun guerrero ha poseído en los tiempos modernos fuera de España, su prontitud y celeridad en los movimientos su seguridad en los golpes y su rapidez en la victoria. Es de esa raza de guerrilleros españoles,
